



## El escamoteo del sujeto en el par formado por la pasividad y la usurpación

C. Moguillansky

### Introducción

No es sencillo dar una explicación de la función fallida del *Superyó* en el desarrollo adolescente. Esa falla se expresa como un fracaso en la plena interiorización de la función superyoica. Ella es reemplazada por un *Superyó* social, que es ejercido por alguna institución que se hace cargo del problema: la familia, la escuela, las instituciones que se asocian a la crianza y la sociedad, como garante final del intercambio social. En esos casos, la suplencia superyoica institucional produce un efecto disociativo, en el tiempo y en el espacio, similar al que ocurre en la temprana infancia, cuando los padres ejercen dicha función con sus hijos aún inmaduros.

La interiorización del *Superyó* produce un cambio ético cualitativo. Se desarrolla, en ese caso, una ley interiorizada, que indica lo que es del mayor interés para el *Yo*, en el cumplimiento de las reglas de la convivencia humana. Esa ley difiere de aquello que está prescripto, proscripto o prohibido explícitamente por las instituciones que agrupan la vida social: la familia, la escuela, el trabajo o la vida pública. La ley interior es una convicción ética, bajo el imperio del escrutinio del *Yo*, con el auxilio de las huellas éticas arraigadas en la tradición familiar; y en algún caso, en contra de aquellas. La ética singular se distingue de la moral institucional, que se desprende de la pertenencia o la afiliación a un grupo social. Desde luego, esa diferencia no es gratuita y tiene marcadas consecuencias.

Las dos dimensiones descritas se solapan o son bastante similares, pero tienen diferencias en su criterio. La primera sostiene una convicción personal, fundada en la propia experiencia y en el deseo. Ella se expande hacia los ancestros y hacia los hijos como un criterio compartido. La segunda es una prohibición institucional, ajena al individuo, que puede ser negada, alterada o violentada con la mentira, el escamoteo, la socialización de

la culpa o la negación de la propia responsabilidad. La diferencia entre las verdades ética y jurídica da un adecuado distingo entre ambos ámbitos de aplicación moral.

Desde la perspectiva del psicoanálisis, es posible que esa diferencia se base en muchas fuentes. Sin ánimo de asentar una aseveración definitiva, se podría conjeturar que la ley se sostiene en una instancia interiorizada y que la prohibición parece surgir desde una regla que se expresa en el mundo social exterior al sujeto. Es posible que esa diferencia corresponda a variaciones en la instalación del *Superyó*. Y que ello redunde en la expresión y en el comportamiento de dicha instancia. A su vez, las diferencias parecen ligadas a los distintos modos del tránsito desde la latencia hacia la adultez, pues el uso de la prohibición es más frecuente en la estructura latente —cuando no ocurrió ninguna apropiación personal de las riendas de la vida— y el uso de la ley se observa en los jóvenes en los que ocurrió un debut adolescente. La prohibición institucional descrea de la capacidad del individuo para regirse por un código ético y erige una salvaguarda ante su esperable transgresión. Esta regla social da por sentada la dificultad para establecer un *Superyó* maduro. Pues sólo la sanción social conduce al acatamiento del orden moral si el individualismo prevalece sobre la solidaridad colectiva. Esta observación da el marco ético al problema —¿humano?— que deseo desarrollar.

La creciente importancia de lo humano en la consideración clínica puso en foco las diferencias entre la vida emocional y las prácticas adaptativas que buscan un remedio útil, práctico o eficaz contra la ansiedad o el tedio de la vida cotidiana, a costa del sacrificio del más elemental respeto por la emocionalidad. La manipulación de la relación con la realidad gana en eficiencia cuanto más se aleja de las dificultades que propone el trato corriente con las emociones. Esa eficiencia pronto gana una creciente adhesión y, llegado el caso, se vuelve una actividad adictiva. Los sistemas operativos son un modo de definir en general a aquellos procedimientos que adecuan la realidad a un comfortable manejo y, de ese modo, brindan una accesible aproximación a una práctica que, *si non è vera è ben trovata*; si bien no es cierta, está bien presentada o simulada. A través de un atajo eficiente, la práctica individual de los sistemas operativos facilita y genera un mundo accesible al apelar a la confusión, que relativiza el valor de lo original y lo reemplaza por el remedo de la copia barata. El énfasis en lo original no es un prejuicio estético. Pues la así llamada pérdida aurática del original en la copia va en paralelo con la caída de la humanización de la experiencia (Benjamin, 1936). En ese juego de apariencias, los valores y los derechos humanos se deslizan hacia una realidad en la que el interjuego de los deseos se ha transformado en un intercambio comercial de mercancías y objetos de consumo.

En otros casos, lo inhumano se refugia en un islote aislado y escondido de la vida psíquica; surge como un acto solitario y clandestino, como una práctica secreta, o bien



como un fenómeno de alteración de la persona consigo misma. Las fantasías de posesión o de entrega con un personaje ajeno, los temores al descontrol o a un raptus emocional son parte del juego de espejos entre una persona y sus fantasmas más atemorizadores, aquéllos donde se refugian los deseos más inconfesados o donde anida el temor infantil, ligado a la pérdida del sostén cotidiano y del amor familiar. Ante ese panorama desolador, la vida psíquica apela a lo sagrado y a la búsqueda de un poder sobre natural, que proteja o brinde garantías de salvación o de redención.

La clínica de las adhesiones, y especialmente de las adicciones, pone el acento en la dependencia artificial que se origina con un objeto o con un personaje e ilustra la activa intención del contrato de meta pasiva que se establece entre la víctima y su victimario de turno. Ese contrato suele ser muchas veces mudo. Y se expresa en sus resultados. La posesividad mutua es la norma, en tanto el aferramiento provee una seguridad adicional al sujeto que perdió su autonomía debido a una anomalía superyoica. El objeto que se intercambia es la moneda del acuerdo que lo trasciende. Sólo permite que ese acuerdo vaya y venga entre sus miembros y se desplace de uno a otro, de un cuerpo a otro, de una mente a otra, de un espacio a otro. El espacio de ese intercambio da la oportunidad para generar un juego de escondidas entre ambos cuyo propósito final es cimentar un juego personal en el que el sujeto se esconde de sí mismo. *El Retrato de Dorian Grey* (Wilde, 1890) es un buen ejemplo de ese resultado, pues el cuadro muestra la cicatriz de los actos del sujeto. Escondido en un desván, detrás de una cirugía plástica, de la máscara de una actitud hipócrita o del secreto de una conducta promiscua, el retrato muestra lo que no se puede evitar mostrar. La escisión que separa al sujeto de su retrato se repite en cada relación de esa persona y aparece como un artefacto escondido en la relación transferencial. A través de zonas de omisión del material, del pedido de favores económicos con los honorarios o de alguna excepción en el trato personal. Esas condiciones de excepción encubren el trastorno superyoico de base y la relación de mutua posesividad que se pretende instalar. La actitud pasiva que se muestra oculta la posición activa que pretende la misma contraprestación. Esta suele ser tan abusiva como la que aqueja al sujeto en su consulta. Sus escondidas son la clave del trastorno superyoico, que esconde algo a alguien, como representante de sí mismo. *"Esto nunca se lo dije a nadie"* suele ser el anzuelo de una confesión que intenta establecer una complicidad entre el sujeto y su analista, para galvanizar su propia escisión. En verdad, *"alguien debe no saber"*, pues nunca se lo dijo a sí mismo. Y, en esa mentira, no está claro quién es el sujeto ni de quién se esconde. En ese juego de anonimatos y de engaños, el lugar y la función del Yo y del *Superyó* resultan enigmáticos y escamoteados. Y se establece una escena doble y escindida, en la que esa persona sabe y no sabe, dice y no dice, hace y no hace, al tratar de

desentenderse de una parte de sí misma. La desmentida intensifica la disociación de la vida psíquica, que vislumbra al sí mismo como otro (Ricoeur, 1990). Y, en ese caso, intenta que la diferencia alcance el extremo del anonimato y del escamoteo del sujeto: el *yo no fui* y la socialización de la culpa ante la presión superyoica son archiconocidos.

### **Las estrategias de la pasividad**

La pasividad como estrategia defensiva pone en cuestión el lugar y la posición del sujeto. No se trata sólo de delegar la cuestión del deseo en un otro, como haría usualmente un obsesivo. Se trata de proponerse como el esclavo del deseo o del dominio de un otro, con la intención de salir de una grave desesperación defensiva. El principal objetivo es escamotear la iniciativa de la persona como un sujeto responsable. Y delegar esa iniciativa en un partenaire o en un objeto, que se encargue de dicha responsabilidad: "*esto me lo mandó fulano*" o bien "*esto lo hice bajo el efecto de una droga*", etc. Hace unos años, describimos este hecho clínico con A. Aryan con el término de negativismo (Aryan & Moguillansky, 2010<sup>4</sup>), al señalar la actitud manipuladora de algunos pacientes —en aquel momento eran sobre todo adolescentes adictos— que bajaban los brazos e inculcaban una partícula de actividad en el analista o en sus allegados. Esa estrategia es muy efectiva, pues el allegado queda a merced de la angustia o de la obligada defensa de un bien esencial del adolescente, sea su vida, su salud o su destino. Estos jóvenes se dejaban caer, no se defendían o directamente se dañaban pasivamente y, con ello, estimulaban un activo acto protector del analista. Esa situación fue descrita en la coerción que ejerce el paciente suicida con su amenaza de muerte (Moguillansky, 2001). La defensa es de muy difícil manejo, pues la intensa ansiedad depresiva inculcada es difícil de resistir. Algo conocido desde la descripción de H. Rosenfeld (1946/64) sobre los efectos y las manifestaciones de la ansiedad depresiva. Esta estrategia forma parte del poder de la debilidad y de sus innumerables modos de coerción, por la vía de la culpa, de la miseria o de la discapacidad.

D. Meltzer se aproximó a ese hecho con su texto *Claustrum* (1992). Aunque su descripción alude al efecto inhumano y autocrático de las relaciones del claustro, el énfasis de ese texto estuvo en su condición claustrofóbica y en la descripción de los hechos como fenómenos psicóticos. Ese énfasis alejó al texto de la clínica usual, donde sus descripciones son hoy imprescindibles, pues apuntan al creciente modelo inhumano de la relación de confort con la realidad. El deslizamiento de la emocionalidad hacia el confort apuntó a desnaturalizar la emoción y a transformarla en un fenómeno de consumo y en un objeto comercial o de intercambio anónimo. La oferta pasiva del propio cuerpo o de la propia

voluntad fue descrita por Meltzer (1998) en la conferencia sobre la perversión, dictada en Novara en la década del 80. En ella, él enfatizó la pasividad como un núcleo de lo que él definió como perversión, aunque esa conducta es muy frecuente en jóvenes con dificultades para asumir su propia subjetividad. En esos casos, la pasividad es paralela al mutuo aferramiento posesivo, típico de las fallas en la interiorización del *Superyó*. En el *claustro*, la regla edípica se desliza a un modelo autoritario y rígido, donde prevalece la relación de jerarquía y de obediencia acrítica, tan frecuente en las aspiraciones de pertenencia institucional: la familia, la escuela, la clase social. La adhesividad arrogante a esas instituciones produce un fenómeno acrítico, en el que el *slogan* emblemático de la pertenencia prevalece sobre la razón y la curiosidad. Y produce un cuadro de estupidez similar al descrito por Bion (1958) en el texto sobre la arrogancia, donde la falta de curiosidad y la ignorancia dan pábulo a una actitud necia, grandilocuente y sabihonda. Su falta de crítica racional es similar a la acción de masas, aunque en este caso suele ser generada por la propaganda y por las redes sociales, que prohijan la pertenencia adhesiva aspiracional a una clase social vista como superior.

En la pasividad, esta línea de ideas permite explorar su elección de un partenaire que los usurpe, los domine y les haga sufrir la pérdida de su propia voluntad: *"Yo te exijo que —o te permito que— domines mi cuerpo y hagas con él lo que deseas, o mejor, que te hagas cargo de mi deseo"*. El contrato de meta pasiva tiene una escondida y activa voluntad de dominio, que está disimulada por la meta pasiva de la acción deseada. El formato de la orden pasiva es *"te ordeno que me domines"* y el de la inducción disimulada es *"yo siempre resulto dominado/a"*. Esa intención activa está escondida detrás de una severa escisión y puede hacerse consciente a través de los indicios marginales que brindan ciertas frecuentes propuestas de connivencia transferencial, en las que el paciente intenta conseguir una experiencia de preferencia o de excepcionalidad.

#### Material clínico

Unas viñetas ayudarán a ilustrar la situación. Aída era una joven de 17 años cuando consultó por su tendencia al abuso de purgas y diuréticos para controlar su peso en ascensor. En verdad, esas conductas encubrían episodios de severos atracones, en los que literalmente se tragaba hasta la bolsa de papel de los alimentos que consumía. Relataba esos incidentes llena de vergüenza y admitía que era completamente impotente para controlarlos. Cuando tenía un atracón, toda su conducta era un raptus impulsivo que se llevaba por delante sus buenos propósitos de frenarlos y de cuidar su inestable tranquilidad. De ese modo, su vida alternaba momentos de calma en los que ella buscaba restringirse y momentos de tormenta, en los que ella corría detrás de sí misma.



Lo que sigue es el apretado resumen del extenuante recorrido de las sesiones de Aída, lleno de idas, venidas, omisiones de material y largas interrupciones. Esos hechos, sin motivo aparente, expresaban en la pragmática del tratamiento las razones inconscientes de su conflicto psíquico. Las omisiones de material consciente y las interrupciones del tratamiento eran el efecto de las escisiones de su vida psíquica, que luego se hicieron manifiestas al profundizarse el análisis. Aída vivía dos vidas, una que era en apariencia superficial e ingenua, y otra, en la que participaba de experiencias muy penosas y dolorosas. La superficialidad de la primera tenía un intenso y secreto correlato con la culpa y los reproches de la segunda. En ambas, un aspecto escindido del *Superyó* arcaico tenía una intensa participación tanto en su "tierna" adhesividad pseudo emocional como en su juego sexual secreto. En ambas facetas de su vida, era clara la paradoja de un masoquismo moral que, al tiempo que le reprochaba amargamente, la impulsaba a las peores transgresiones, bajo el ropaje de una dolida penitencia.

Sus autorreproches eran constantes y vivía escondida. No podía mostrar algunas formas de su cuerpo, en las que veía los horribles indicios de sus comilonas y se veía a sí misma obesa —cuando en realidad no lo era—. Esos autorreproches tenían el efecto paradójico de impulsarla a comer de nuevo, como una forma de expiación y de penitencia. Así configuraba un cuadro de transgresión por sentimientos de culpa, bien conocido en otros terrenos, desde la descripción freudiana. Esa culpa tenía en Aída varias fuentes. En primer lugar, ella pensaba que era una traidora del clan femenino que habían construido sus hermanas, sus primas, su mamá y la abuela materna. Ellas eran su verdadera familia. Y dejaban afuera a los hombres. Ellos eran los inevitables sementales que tenían a su cargo la defensa material, la reproducción y la manutención de lo que verdadera o realmente importaba: ellas mismas. Un año después, cuando ella intentó forjarse un camino de salida fuera del clan, apareció otro motivo tan sólido como el anterior. En secreto, ella vivió un par de romances escondidos con dos hombres cercanos a su familia, mientras mantenía una relación aparentemente normal con sus esposas y sus hijos. Uno de ellos tenía mucho prestigio y ascendencia sobre toda la familia. Y ella fantaseó con forjarse un futuro a su lado. Él la colmaba de promesas y de regalos y ella le brindaba en secreto lo que él le rogaba. El otro hombre jugó un papel aparentemente secundario, aunque la intensidad de la omisión de material no permite asegurarlo. En ese tema, su comunicación era por cuentagotas, debido a su culpa persecutoria. La situación adquiría en la relación analítica una enorme y renuente opacidad pudorosa, cubierta de un aparente desinterés por ocuparse de eso. Era evidente su deseo de causar curiosidad. Así buscaba tener el mismo talismán seductor que el que imaginaba tener con su belleza. Ella no quería mentir, pero la omisión del material era consciente. Simplemente, no quería dar una mala imagen



de sí misma. Entonces, la omisión se cubría y legitimaba con una especie de falso recato femenino. De eso no se habla. Esa situación generaba una doble situación de la transferencia. En un plano, ella se aferraba al analista y requería una intensa ligazón incondicional. Al mismo tiempo, se desligaba de esa relación en lo que ella no dudaba en llamar sus transgresiones severas desplegadas en su vida sexual y en sus atracones. P. Blos (1971) describió este cuadro doble de aferramiento y traición en la pubertad femenina como una delincuencia sexual. El término es algo fuerte, sólo intenta describir el clima transgresor sexual que reacciona a una amenaza de enclaustramiento. En su descripción de la joven Nancy, Blos enfatizó la seducción narcisista y homosexual de su vínculo con la madre. Él le dio mucho peso al conflicto homosexual. Esa situación es innegable. Aquí sólo quiero subrayar la importancia de la escisión asociada al clima de clandestinidad, que está ligado a una estrategia de dislocación subjetiva. La entrega de su pasividad aparente fue su fuerte respuesta a la experiencia culposa paradójica frente al *Superyó* arcaico. La amenaza homosexual descrita por Blos incluía la amenaza narcisista, pues Nancy temía perder su autonomía y su libertad. El riesgo de una grave fusión con la persona real de su madre era tan intenso como su temor a su seducción homosexual. El *Superyó* arcaico aparecía como un agente prohibidor externo, que sólo podía eludirse en la clandestinidad anónima de una conducta transgresora. Así Nancy lograba dar una respuesta de compromiso a su necesidad de una enérgica reacción sexual y a su igualmente necesaria autonomía. Para ello recurría al anonimato protector de su culpa y de su responsabilidad. La desmentida de su transgresión iba en paralelo a la pasividad de su entrega. El acuerdo pasivo era su reaseguro defensivo contra la ansiedad fusional. Debajo de esta ansiedad, el caos inherente a la amenaza de la pérdida de la pseudo protección superyoica era la razón de su intensa sujeción a un personaje tan tiránico y prohibidor como usurpador de su voluntad. Tanto la madre seductora como los personajes de sus actuaciones sexuales eran el remedo de un *Superyó* que no había sido interiorizado aún. Y Nancy buscaba en ellos el amor y la seguridad que este *Superyó arcaico* fallido no le podía dar. El aferramiento a su función era tan intenso como su necesidad de huir de él. He ahí la causa de su adictiva e impulsiva promiscuidad. Detrás de ese caos se vislumbra una situación superyoica sagrada que no puede ser cuestionada. Esa dimensión sagrada forma parte del lecho de roca que cada adolescente debe poner en cuestión, si desea ganar su propia individualidad en el seno de tradiciones y de adhesiones familiares que amenazan con la traición si son discutidas. En esa borrosa frontera, el riesgo de enclaustramiento endogámico es decisivo.

La vida clandestina de Aída contrastaba con la ternura exhibida en su vida familiar pública. Ella no terminaba de reconocer su propia cuota de hipocresía y prefería acentuar el aspecto dolido de su posición de víctima del *apetito sexual* de los hombres. A partir de





ese término, se pudo acceder al material que acercaba los apetitos de sus raptus bulímicos con los apetitos sexuales, que ella proyectaba en estos hombres insaciables y corruptos, según su propia opinión. En su posición de víctima del acecho varonil, ella lograba cerrar un acuerdo de meta pasiva con esos personajes que la abusaban, y al mismo tiempo la ubicaban en un rol de excepción con un raro privilegio. Ella no reconocía su propia participación, pues según su versión de los hechos, era la pasiva víctima de un suceso que ocurría, que era obra de otros. Ella se prestaba a un manoseo inevitable, que terminaba en un abuso genital en un rincón de la casa, a escasos metros del resto de la familia. La posibilidad de ser descubierta formaba parte de su intensa excitación. Y llenaba buena parte de su extenso fantaseo respecto a cómo sería la respuesta de su familia frente al abuso que estos adultos, mucho mayores que ella, hacían con ella. El dolor, la humillación y la culpa que ella sufría en estos incidentes parecían eclipsar totalmente su participación secreta: *"Cualquiera podía darse cuenta que ella sólo era el cuerpo o el juguete de esos victimarios. Ellos eran los sucios. Ella sólo se entregaba a ellos sin quejarse. ¿Qué otra cosa podría hacer?"*. La dislocación del sujeto y la proyección de su actividad y de su responsabilidad en otro eran la causa alegada como el motivo de su pasividad defensiva. Otros usurpaban ese rol y ella concedía, condescendía o, simplemente, aceptaba que ellos así lo hicieran. Esa situación escabrosa ponía de manifiesto la doble escena de su vida familiar: por un lado, debía obedecer el mandato de la familia endogámica, que exigía ser una niña apegada a la familia; por el otro, ella se entregaba a esos hombres como una mujer clandestina, cuestionable y a la vez victimizada. Las dos caras del problema ponían de manifiesto las dificultades de Aída para salir del lugar de una niña y para acceder al lugar de una mujer (Cahn, 1992).

Aída y Nancy apelaron a modos de reacción diferentes, posiblemente a causa del distinto espíritu de época de sus respectivas adolescencias. El modelo alimentario de los atracones de Aída correspondía al modelo anoréxico bulímico de fines de siglo, mientras que la respuesta de Nancy apeló a los usos de la vida social posterior a la píldora, de mediados del siglo XX. Sin embargo, constatamos que la razón de sus respectivos conflictos era la misma ansiedad de fusión y de separación frente al vínculo de apego generado en la paralela disfunción superyoica. En ambos casos la crisis de su subjetivación fue desplegada en un escenario proporcionado por sus respectivas épocas. En ambas, un personaje similar asume los rasgos del imperativo externo que las sujeta, ante el que ellas se entregan. Las dos jóvenes son esclavas de un amo que asume la responsabilidad eludida por ellas. A él se aferran y a él se entregan. En ambas, hay un objeto que circula bajo los disfraces de la solicitud sexual o de la ingesta descontrolada. Ese objeto se transforma





conforme cambia su localidad geográfica o su tópica psíquica. Primero es un objeto anhelado, que debe ser conquistado a toda costa, y luego se vuelve un objeto que las persigue desde dentro de su cuerpo y que debe ser desalojado con violencia. Al atracón sigue el vómito, al desenlace erótico sigue la ducha ritual que debe limpiar el acto descontrolado. Ingesta y exoneración, conquista y expiación son dos modalidades similares de esa oscilación tópica. Ellas muestran las idas y vueltas de una circulación ambivalente que se despliega y nunca termina de resolverse entre el Yo y los semblantes del *Superyó arcaico*. Ante ese dilema, el Yo se entrega a un sujeto externo que usurpe su voluntad y domine su vida. Se entrega el cuerpo para que otro goce con él, pero subrepticamente, se goza en esa pasiva entrega sin asumir el compromiso de ese goce oculto. Este punto es clave, pues la ideologización política de esta situación generó una victimización que les ha traído a los jóvenes más problemas que los que pretendió resolver.

Un tercer ejemplo. Tomás es un joven adicto a diferentes sustancias. Empezó a los 13 años. Lo expulsaron de varios colegios, clubes e institutos comunitarios y terminó el colegio secundario a los tumbos. Él pronto comprendió que había hecho todo lo posible para que eso fuera así. Buscaba ser echado de todos lados. Inducía ese personaje terrible en cada profesor, celador, padre de otros jóvenes, en fin, en cada persona adulta que enfrentaba. Al igual que tantos otros jóvenes, Tomás construía un *Superyó arcaico* que le decía una y mil veces que así no, que él no podía ser como deseaba ser. Y él siempre deseaba ser eso que provocaba a ese *Superyó*. Tomás no sabía por qué él siempre deseaba provocar: ¿quién había empezado ese juego? En un inicio él se refugió en la droga para animarse a ser lo que no podía de otro modo. Paulatinamente, la droga se adueñó de él y usurpó su voluntad. Llegó un momento en que no podía hacer nada sin ella. Y luego llegó un momento en que no pudo hacer nada. Nada de nada. A pesar de todas las restricciones que se autoimponía para abstenerse, sólo podía vivir drogado. En ese momento, un sueño vino en su ayuda: *"Batman era descubierto en su identidad y le pedía ayuda. Él estaba sorprendido con la idea de que ese personaje tan poderoso le pidiera ayuda a él"*. En sus asociaciones, advirtió que Batman estaba disfrazado, enmascarado. Y su mayor problema era revelar quién era. Tenía el poder de un superhéroe, pero tenía que disfrazarse como un payaso para hacer lo que quería. Al igual que él, Batman se escondía y debía realizar sus aventuras omnipotentes bajo un disfraz anónimo, que ocultaba su verdadera identidad. Con sorpresa, replicó: *"¡qué cosa, recién caigo, todos los superhéroes se esconden detrás de una máscara!"*. La máscara era algo más que un atavío. Recién ahí pudo comprender la naturaleza de su escisión. Había un secreto vínculo entre su omnipotencia ilusoria y su anónimo escondite. Era un secreto culposo, que podía surgir cada vez que ne-



cesitaba ser expulsado de su lugar. Recién entonces pudo preguntarse por qué había tenido la experiencia reiterada de ser expulsado. ¿Qué o quién era allí? ¿A quién provocaba? Los sucesivos personajes que se enfrentaron con él le estimulaban una rebeldía muy infantil. Él necesitaba ganar, demostrar que era el mejor. No tenía claro qué significaba eso. ¿El mejor de qué? Sólo estaba claro que, si era el mejor, si ganaba la pelea, si demostraba los superpoderes del héroe, entonces se libraba del peligro de quedarse solo. Su temor estaba muy vinculado con la función protésica que ejercían sus objetos usurpadores. Y ellos, paradójicamente, tanto le exigían como protegían su anónimo escondite. Él debía ocultar al Tomás que se descontrolaba, él debía ocultar al que podía demostrar su fuerza. El debía irse a su casa, sin poder salir por una semana, hasta que se le pase su horrible culpa por haberse sobrepasado, por haber traicionado a su amigo, por haber hecho esas cosas horribles que nadie perdonaría. Cada vez que él era él, sentía que había pasado la raya de la decencia, que había caído en la peor de las traiciones, a sus padres, a sus amigos, a su historia. Tomás se excitaba haciendo cosas clandestinas, y luego sufría un horrible castigo, real o fantaseado, por haberlo hecho. Siempre se arrepentía. Él quería ser honesto; y terminaba sintiendo que lo suyo era indecente.

La escisión de sus conductas genera una sombría similitud en estos ejemplos. Una misteriosa culpa circula en sus experiencias en dos tiempos, en las que ellos huyen de y caen atrapados por un perseguidor implacable, que los tiene agarrados desde el centro mismo de su existencia. Ellos no son nada ni nadie sin él. Y tampoco con él. No se trata de un trastorno sexual, ni alimentario ni tóxico maníaco. Esas situaciones locales sólo son el escenario de un trastorno subyacente. Sus argumentos singulares sólo proveen la trama donde se desenvuelve el desenlace emocional y real de su propia vida. Y de las dificultades que tienen para desarrollar una historia propia. Que rescate lo más humano y lo más personal de ellos mismos. En esa trama, circulan los objetos prácticos. Cada uno de ellos, en cada caso, tiene una fisonomía diferente. Sin embargo, algo de ellos los asimila a un mismo régimen que permite agruparlos. Ellos forman parte de un problema que se despliega ante los ojos del observador como un juego de espejos dobles, que distorsionan los hechos en un sentido distinto, pero que, al mismo tiempo, hacen sistema. Forman un sistema correlativo y organizado entre sus distintas expresiones. Cada uno de estos objetos lleva, en sí mismo, una significación que circula entre cada joven y sus allegados, como un mensajero que lleva y trae un mismo significado, a pesar de las variaciones tópicas que exhibe a lo largo de su tránsito geográfico y comunicativo.



## Discusión

*La Presentación de Sacher-Masoch*, de G. Deleuze (1971) ilustró esta situación en el terreno de la sexualidad masoquista, aunque en verdad, esta paradoja se extiende al campo de la pasividad, que se solapa con aquélla. La humillación masoquista pasiva esconde un sujeto dominante, que se escabulle detrás de su deseo pasivo. El sujeto se disloca hacia una periferia observadora. Y, desde ese lugar *voyeur*, vigila cada detalle de la interacción, donde el ama dominante —*La Venus de las pieles*— es la sumisa empleada de un contrato escrupuloso. La teatralidad fetichista de la escena es un juego de espejos y de escondidas, en el que el sujeto se disloca en su propio disimulo. El dolor físico o moral es la moneda central de esa escena. Aunque tras él y con él dialoga la culpa. Ella es el artifice de toda la paradoja, al dirigir la regresión al castigo y a la entrega pasiva (Freud, 1919; 1925). Según Freud señaló, todo se inicia en la presión culposa del asesinato edípico. Este hecho se eleva al carácter del núcleo central de las neurosis, tal como explícitamente lo indica en *Pegan a un niño*. La culpa explica tanto la retorsión del afecto —que se transforma desde la pasión inicial a la culpa final— como el disimulo del sujeto, entregado al goce erótico masoquista, detrás de su aparente actitud despiadada. La escena masoquista es una escena reprimida. Ella es la puesta en acto y el desenlace culposo de un acto sexual previo, real o fantaseado, en el que el Yo se define como el culpable del parricidio edípico. Este hecho es la clave del asunto, en la medida en que dicho parricidio es la base de una ley cuestionada, que marcará el futuro de las fantasías sexuales y prácticas de ese joven.

La culpa y el dolor —buscado en el castigo moral— disimulan la pasión inicial que originó la escena. En el mito, Edipo se ciega ante el horror de lo que siente haber hecho. Lo haya hecho o no ya poco importa, pues lo que vale en la trama es haberlo entrevisto como un acto ejercido y/o ejecutado. Para expresarlo dramáticamente, no importa si deseó hacerlo o no, pues, por decirlo así, sus manos ya están ensangrentadas. Y eso funciona como un hecho consumado.

Aquí es clave el orden de los factores y de los personajes: el goce masoquista es un oportunista que se cuela en la entrega pasiva, ya determinada por la presión culposa. Primero, la culpa buscó el castigo. Y luego se disfruta el dolor que ese castigo produce. El masoquismo moral precede y preexiste al masoquismo erógeno. El dolor erotizado no causa al castigo. Sólo se suma al afán preexistente del castigo culposo moral. S. Freud describió la siguiente secuencia en *Pegan a un niño* (1919): "*Soy culpable -> soy un niño malo y merezco el castigo de un padre -> me duele el castigo -> deseo y disfruto el dolor de ese castigo*". Y luego, "*Me excita que otro niño odiado por mí sea castigado*". El sujeto



es hábilmente escamoteado en la frase en voz pasiva de *Un niño es pegado* —*Ein Kind wird geschlagen*, en el alemán original—. El recorrido regresivo de la defensa muestra sucesivamente al *Padre* que pega a un niño anónimo, al *Superyó* moral que castiga al culpable y al culpable que mata al *Padre*. Ese tránsito defensivo modifica la cualidad de los actos, de los personajes y de las emociones, pero mantiene el clima de goce que se desliza desde el asesinato edípico hacia el castigo moral, sin perder su cualidad intrínseca de goce por el dolor infligido en la víctima. El sujeto es escamoteado en todas las escenas y, por ello, las fantasías conducen a la voz pasiva de la fantasía final, ya completamente anónima.

El dolor y la culpa suman su empuje —*Drang*— a la pulsión erótica. Erigen un factor cuantitativo alternativo, que puede sumar su empuje a la corriente erótica global o bien, discutir con el deseo sexual la primacía sobre el efector genital.

Esta segunda opción es la más compleja en la clínica. Urge como una conducta compulsiva que intenta resolver las causas de la detención del desarrollo sexual, bajo la forma de una acción de descarga, que usurpa la normal función de ensayo de la sexualidad autoerótica.

En la clínica se observa la detención del desarrollo sexual bajo la forma de un/a joven que se debate en las dificultades de su salida exogámica. La detención se acompaña de la disfunción del *Superyó*, cuya cualidad censora se desliza hacia el ejercicio del poder moral, que induce e impone un goce masoquista moral inoculado y proyectado en el *Yo*. Esto quedó ilustrado en los tres ejemplos, en el recorrido expresivo de la culpa, a lo largo de sus respectivos sufrimientos.

En ese caso, la escisión entre el amor tierno y el sexual gana su máxima expresión; y la función original del sexo es tergiversada. El sexo se desarrolla como un efector expresivo e inespecífico de la descarga de tensión, muy alejado de la vida emocional. En esas condiciones de anonimato del sujeto, se observa con frecuencia que el adolescente busca alterar su relación con la realidad. En particular, rehúye toda responsabilidad sobre sus actos y se refugia detrás de las órdenes o de las restricciones que ejerce otra persona. Incluso, llega aún más lejos cuando se refugia detrás de los efectos tóxicos de una droga. En esa singular usurpación de su propia voluntad, él busca eludir ser acusado por las consecuencias de sus actos. La respuesta de este hecho debe buscarse en su temor al *Superyó* arcaico, que juzgará los hechos con una actitud intolerante y prejuiciosa. Esa es la llave clínica para su abordaje, pues el carácter infantil de esa sanción moral puede ser analizado a la luz de los recursos actuales del joven, más maduros y realistas.

Como se advierte con claridad, el *Superyó* arcaico es el gran delincuente que dirige la escena. Con sus aires de legalidad, propone castigos y estimula goces tan injustificados



como bizarros. El oscurantismo medieval fue un buen ejemplo de su fría crueldad y de la activa ignorancia que buscó promover. Aquí nos reencontramos una vez más con lo sagrado. Pues su poder reside en la prohibición prohijada en el temor reverente a un sagrado personaje sobrenatural. Éste exige la sumisión y el dolor, como monedas corrientes de la lealtad a su dudoso amor. Por amor a la iglesia se quema en la hoguera al hereje que, con su curiosidad e inteligencia, osó profanar la sagrada verdad de la tradición. Una costumbre que, en nuestros días, sólo cambió su fisonomía, pero no su estilo.

Todo el montaje está armado sobre una confusión, que desliza la convicción personal en el valor ético hacia una dudosa lealtad a una institución, erigida como custodia y garantía de dicho valor. Este valor instituido ahora se ha transformado en una regla compartida por los usuarios de esa institución. Ese tránsito no es gratuito. Pues todas sus variables se deslizan hacia nuevas reglas que usurpan su significado y lo transforman en reglas de obediencia. El imperativo ético, que la persona ganó en su propia convicción, se transforma en una regla de obediencia sostenida en la pertenencia institucional, que muy rápido adquiere el valor de una prohibición institucional. La comunidad lo exige, lo impone y lo roba del arbitrio y del imperio individual que lo originó en un inicio. La institución gana un rol autoritario y su poder institucional hereda la fuerza emocional de la convicción individual. Ese deslizamiento trastorna el significado de la situación ética global y, en consecuencia, altera todas y cada una de las interacciones del individuo, que ahora se rigen y orientan en relación al, ahora, faro moral de la institución, con sus premios y sus prohibiciones. La externalización de ese vínculo modifica en tiempo y en espacio la relación del sujeto respecto de sí mismo y de sus convicciones. Pues ahora, una parte de él está ubicada en la institución, en la opinión pública o en la mirada de otro. Con eso juega a las escondidas, especialmente consigo mismo. Muchos conflictos familiares y conyugales tienen su origen en esta externalización, que genera en la relación vincular un espacio de escamoteos y de fugas, respecto de la figura familiar que juega un rol superyoico, muchas veces, sin saberlo. Curiosamente, el apego, el amor y la pertenencia a la institución reciben la carga moral de la adhesión ética original. Y el temor al desamor y al abandono —el viejo castigo del ostracismo griego— heredan la carga emocional de un imperativo ético individual.

En estas condiciones de traslado desde la ética individual a la moral institucional, la polaridad entre la verdad ética y la verdad legal muestra toda su eficacia. La justicia termina siendo una balanza social, en la que los factores de poder predominan sobre las verdades éticas y los favores del poderoso tuercen al más imparcial de los jueces. El secreto y la apariencia reemplazan a la sana razón y la opinión de los adictos al poder vence al ejercicio de la decisión recta y justa. En ese laberinto anónimo de razones, el derecho



humano se deforma en las redes de la biopolítica y la persona importa en razón de su valor como costo o como mercancía. Tamaño trastorno de los valores públicos sólo se puede explicar por la oculta relación social con lo sagrado. En efecto, la verdad jurídica muchas veces intenta aplacar la vehemente justicia individual, que buscará hacer justicia por sus propias manos, en linchamientos reales o mediáticos. En ese caso, lo jurídico se propone como un acto sereno y anónimo que garantiza el trato justo al chivo expiatorio, que en ese momento es reo de la justicia vengativa y taliónica —*ojo por ojo*— de sus víctimas.

Estas emboscadas son visibles en la elección de un partenaire tiránico y posesivo, pero son aún más frecuentes en el uso de objetos o de sistemas operativos, que ejercen el control de la propia decisión. La droga, los videojuegos, la realidad virtual o cualquier sofisticado sistema operativo de control se ofrecen como una alternativa usurpadora de la voluntad, en un implícito pacto de dominio mutuo: "*Yo te domino ahora y tú me dominarás siempre*". Ese acuerdo responde a la regla usual de juego. Ambos participantes aceptan la esclavizada presencia incondicional de la voluntad de dominio del otro. Cada uno estará presente para el otro y servirá de defensa ante la ansiedad del desamparo, semántico o real, de las emergencias de la vida. El deslizamiento de la vida emocional hacia un acuerdo de mutuo dominio permite el desarrollo de un autocontrol paralelo del desamparo emotivo. Nada será igual. En esa promesa de incondicionalidad nada será humano. El acuerdo perderá cualquier rastro de emocionalidad humana. El pacto fáustico imaginaria en un supuesto pacto sobrenatural la solución del conflicto con un *Superyó* alterado, que propone al *Yo* un acuerdo tan corrupto como sagrado. Detrás de su naturaleza sobrenatural o tiránica, se encuentra un objeto esotérico e imaginario. Éste hereda de un modo protésico la función impersonal de una ley fallida, porque no ha sido interiorizada. La interdicción de la ley, que indica las diferencias y los métodos de relación en distintos modos de filiación y de parentesco, pierde su condición de tal y se desliza hacia múltiples formas de prohibición, que remedan, en el campo imaginario de los ídolos, la perdida función simbólica e impersonal de la ley humana. La simple indicación se desliza hacia la tiránica prohibición y el imperio de la ley que cuida se desliza al poder de la voluntad del semejante o del sistema operativo que lo reemplaza.

El sujeto humano se pierde en esa dislocación. Su imperio es remedado por un sistema operativo que usurpa su voluntad. Esa dislocación es el producto del miedo al ejercicio de la decisión. Por ello, la adicción es una forma moderna del temor patológico a la libertad (Moguillansky, 2008 [2010]). Los sistemas operativos —*operative systems*— generan una realidad virtual protésica. En su conjunto, reemplazan los escenarios reales de la vida. Un video game, un canal virtual social o un pseudo foro de afinidad son la versión actual del

gran escenario donde todo es posible, a condición de que sea irreal y manipulable. Esas condiciones imponen una afiliación adictiva, en la medida en que ofrecen un objeto incondicional que, por imperio de su presencia irrestricta, se vuelve indispensable. Esa maniobra produce una secreta usurpación de la voluntad. Porque ese objeto incondicional resuelve el tedio. A tal punto, que su víctima no puede imaginar la vida sin él. Luego, la realidad se ve y se moldea sobre esa relación. Y subrepticamente, ese objeto adopta las riendas de un nuevo y tiránico *Superyó*. No hay que olvidar, que tras de esa realidad adictiva reina el mundo inhumano, que medra bajo la máscara de una pseudo adaptación, que copia la genuina relación con la realidad. Ese es el mundo del parasitismo, del fraude emotivo, de la adicción y de la usurpación emocional, tal como lo describió H. Searles (1960, 1979) en el intercambio terapéutico con los aspectos inhumanos de una persona. Esa indicación puede quizás ayudar a reencontrar a ese sujeto escamoteado.

---

### **Carlos Moguillansky**

Médico (Universidad Nacional de Buenos Aires), especialista en Psiquiatría. Analista Didacta de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (IPA). Especialista en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de la IPA. Profesor Titular del IUSAM. Magister (UNSAM). Autor de: *Diálogos Clínicos en Psicoanálisis* (en coautoría), México, 2006. *Clínica de Adolescentes* (en coautoría), Editorial Teseo, 2009. *Decir lo Imposible*, Editorial Teseo, 2010. *Las latencias*, Editorial Académica, Stuttgart, 2012. *El dolor y sus defensas*, Letra Viva, 2016.

### **Resumen**

El sujeto humano se pierde en la pasividad. Su imperio es remedado por un sistema operativo que usurpa su voluntad, como producto del miedo al ejercicio de la decisión. Por ello, la adicción es una forma del temor a la libertad. Los sistemas operativos *-operative systems-* generan una realidad virtual y reemplazan los escenarios reales de la vida. En ese escenario todo es posible, a condición de que sea irreal y manipulable. Se impone una afiliación adictiva con un objeto incondicional que, por imperio de su presencia irrestricta, se vuelve indispensable. La secreta usurpación de la voluntad de ese objeto incondicional resuelve el tedio. Su víctima no puede imaginar la vida sin él y la realidad se ve sobre esa relación. Y subrepticamente, ese objeto adopta las riendas de un nuevo y tiránico *Superyó*. Tras de esa realidad adictiva reina el mundo inhumano, que medra bajo la máscara de una pseudo adaptación, que copia la genuina relación con la realidad. Ese es el mundo del parasitismo, del fraude emotivo, de la adicción y de la usurpación emocional. Esa indicación puede ayudar a reencontrar a ese sujeto escamoteado.

**Descriptorios:** Usurpación – Pasividad – Adicción – Adolescencia.

### **O ocultamento do sujeito no par formado pela passividade e usurpação**

#### **Resumo**





O sujeito humano está perdido na passividade. Seu império é imitado por um sistema operacional que usurpa sua vontade, produto do medo do exercício da decisão. Portanto, o vício é uma forma de medo da liberdade. Os sistemas operacionais -sistemas operativos- geram realidade virtual e substituem cenários da vida real. Nesse cenário, tudo é possível, desde que irreal e manipulável. Uma filiação viciante se impõe a um objeto incondicional que, em virtude de sua presença irrestrita, se torna indispensável. A usurpação secreta da vontade desse objeto incondicional resolve o tédio. Sua vítima não consegue imaginar a vida sem ele e a realidade é vista nesse relacionamento. E, sub-repticiamente, esse objeto assume as rédeas de um novo e tirânico superego. Por trás dessa realidade viciante reina o mundo desumano, que prospera sob a máscara de uma pseudo adaptação, que copia a relação genuína com a realidade. Esse é o mundo do parasitismo, da fraude emocional, do vício e da usurpação emocional. Essa indicação pode ajudar a redescobrir esse sujeito oculto.

### Descritores

Usurpação – Passividade – Vício – Adolescência.

### The hiding of the subject in the pair formed by passivity and usurpation

#### Abstract

The human subject is lost in passivity. His empire is mimicked by an operating system that usurps his will, as a product of fear of the exercise of decision. Therefore, addiction is a form of fear of freedom. Operating systems - operative systems- generate virtual reality and replace real life scenarios. In this scenario, everything is possible, provided that it is unreal and manipulable. An addictive affiliation is imposed with an unconditional object which, by virtue of its unrestricted presence, becomes indispensable. The secret usurpation of the will of that unconditional object solves the boredom. His victim cannot imagine life without him and the reality is seen on that relationship. And surreptitiously, that object takes the reins of a new and tyrannical superego. Behind this addictive reality the nonhuman world reigns, which thrives under the mask of a pseudo adaptation, which copies the genuine relationship with reality. That is the world of parasitism, emotional fraud, addiction and emotional usurpation. This indication can help to rediscover that hidden subject.

#### Descriptors

Usurpation – Passivity – Addiction - Adolescence.

### REFERENCIAS

- Aryan, A. & Moguillansky, C. (2010). *Clínica de adolescentes*. Buenos Aires: Teseo.
- Benjamin, W. (1936). Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit. *Zeitschrift für Sozialforschung*. La obra de arte en la era de la reproducción técnica. *IDAES/UNSAM*. 2005.
- Bion, W. (1958). On arrogance. *The International Journal of Psychoanalysis*, 39.
- Blos, P. (1971). *Psicoanálisis de la Adolescencia*. México: Joaquín Mortiz.
- Cahn, R. (1992). Para una patología de la subjetivación. *N/A: Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 3, 134-138.
- Deleuze, G. (1971). *Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1919). Ein Kind wird geschlagen. Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen. *GW XII*.
- \_\_\_\_\_. (1924). Das ökonomische Problem des Masochismus. *GW XIII*.
- Meltzer, D. (1992). *The Claustrium: an investigation of claustrophobic phenomena*. Perthshire: Clunie Press.
- Meltzer, D. & Harris, M. (1998). *Adolescentes*. Barcelona: Spatia.
- Moguillansky, C. (2001). Comment on Panel: Clinical aspects of Suicide: R. Perelberg and A. Bell's papers" *Acts of Hamburg International Congress Suicidality*.
- \_\_\_\_\_. (2007). Constelaciones frecuentes en la transferencia de las adicciones. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 1, 1-17.
- Ricoeur, P. (1990). *Soi-même comme un autre*. Paris, Seuil. *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI, 1996.
- Rosenfeld, H. (1946-64). *Psychotic States*. London: Routledge, 1985.
- Searles, H. (1960). *The Nonhuman Environment in Normal Development and in Schizophrenia*. NY: IUP.
- \_\_\_\_\_. (1979). *Transitional Phenomena and Therapeutic Symbiosis, in Countertransference and Related Subjects*. NY: IUP.
- Wilde, O. (1890). *The Picture of Dorian Gray*. Lippincott's Monthly Magazine. *El retrato de Dorian Grey*. Buenos Aires: Errepar, 2000.